

Un fotógrafo extraordinario: Álvarez Bravo

Máximo Bretal

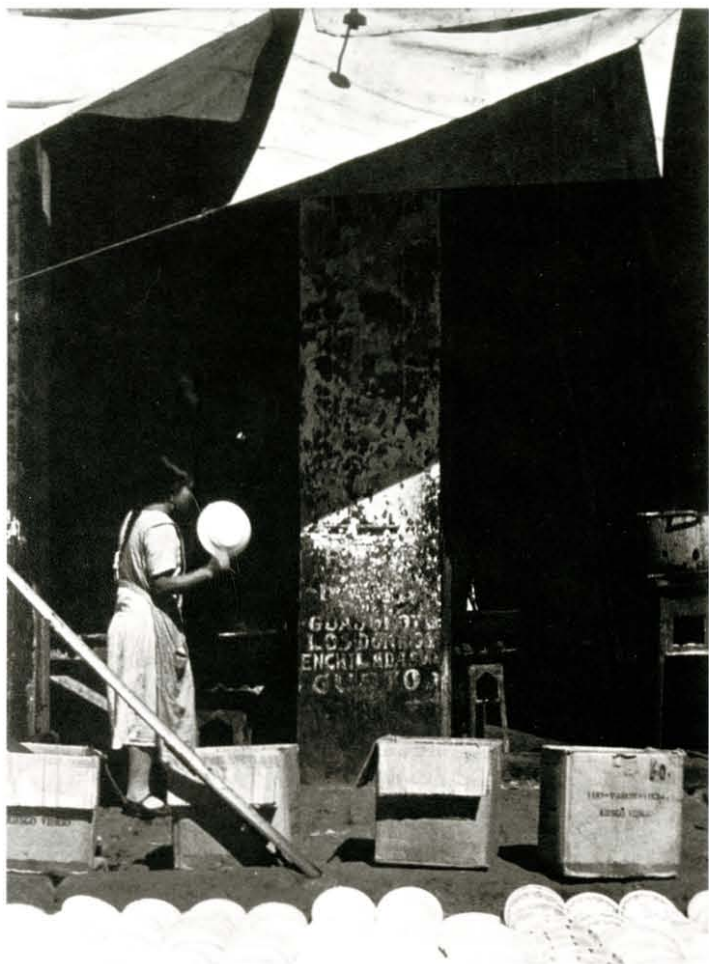
Lo señaló a mi atención la apasionada perspicacia de Diego María Rivera incitándome: “Véalo es un artista extraordinario”. Me informó.

—Álvarez Bravo ha preferido la fotografía a la pintura. Es posible que tenga razón. En su oficio, llega a conclusiones que antes nadie había osado imaginar, en México.

A Manuel Álvarez Bravo, lo he de imaginar, en lo adelante, ante una hoja de papel sensible, pensando. (Es el primer fotógrafo mexicano que a cada impresión se plantea un problema). Desde luego que no lo ignoramos: el objetivo de la cámara es un instrumento para hacer imágenes, pero lo primario del oficio consistía en reproducir, servilmente, el objeto, rasgo por rasgo, valor por valor, sin que el artista pusiera nada de sí. En México la fotografía se ha quedado en el cromo romántico, en el claroscuro, procedimiento que halaga al público y disimula la incapacidad creadora del fotógrafo. Nadie había aprovechado las enseñanzas de la pintura, nadie sabía que la luz es un elemento tan dúctil como los colores.

Examinemos la colección que laboriosamente ha formado Álvarez Bravo. El artista habita en Tacubaya, en una calle de silencio propicio al trabajo lento y meditado a la contemplación sin perjuicios. De los cartapacios se extienden, sobre la mesa fotografías realistas, retratos que recuerdan los de dos extranjeros que dejaron huella en México: Weston, Tina Modotti.

El lente ha puesto de realce los elementos plásticos esenciales del objeto presentándolo —última preocupación romántica—, en el



El mole, ca. 1931



Peluqueros en la Calzada de los Gallos I, 1930
 Abajo: *Jueves de Excelsior*, México, 13 de noviembre de 1930. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM



Peluqueros en la Calzada de los Gallos II, 1930

centro de creación. Trabajando en placas pequeñas, que en seguida se amplifican, el fotógrafo adquiere la posibilidad, todavía, de suprimir los detalles inútiles. La escena popular, que tratada por Smart degenera en anécdota. Álvarez Bravo la transforma en cuadro de sentido profundamente humano.

Sorpresa: una fotografía en la que los objetos han desaparecido en la que no hay tema en la que sólo vemos sombras, juegos de luz. Es una creación puramente cerebral, como no la desdeñaría el fotógrafo más extremista de Monteparnasse, Man Ray, el norteamericano. Si Álvarez Bravo se decide a llevar su experiencia hasta lo último, ya no se tratará de obtener combinaciones de valores plásticos, sino juegos de sombras y luces cuyo soporte habrá desaparecido.

Man Ray. Álvarez Bravo ¿Quién de los dos? Es curioso el hecho de que a larga distancia e ignorándose mutuamente, dos hombres hayan llegado al mismo resultado por distinta elaboración cerebral —es

posible— Álvarez Bravo. Man Ray. Lo que éste me decía una tarde que lo visité con un camarada francés, podía habérmelo dicho el mexicano. Es lo siguiente: Hasta hace pocos años he pintado. Era pintor por profesión. Si me he decidido por la fotografía, es porque encuentro que este procedimiento es tan flexible como la pintura, y más dócil. Se obtiene todo lo que se quiere cuando se sabe arreglar la

luz, hacer ampliaciones, preparar y manejar los baños.

“Para pintar uno de mis cuadros tardé seis meses; en fotografía directa, lo hubiera hecho inmediatamente”.

“Todo puede ser transformado, deformado, eliminado por la fotografía. Su flexibilidad es, exactamente, la misma que la del pincel. La fotografía es a la pintura lo que el auto al caballo. Un jinete sobre su potro es un bello espectáculo, pero prefiero un hombre montado sobre en un avión”.

“Lo que me interesa más, ahora, es lo que llamaré rayografía: impresión directa de los rayos





Emulsión de Scott, ca. 1930

luminosos, creadora de invenciones puras, técnica de una precisión que no alcanza la pintura”.

“¿Que si la fotografía es un arte? No hay que buscar si es o no un arte. No olviden que yo vuelvo de la pintura. El arte ha sido superado. Necesitamos otra cosa. Hay que ver trabajar a la luz. La luz es la que crea. Sentado ante mi hoja de papel sensible, yo pienso”.

Como Man Ray, el mexicano Álvarez Bravo es modesto, callado. Cuando habla, lo hace lentamente. “Tráigame —lo invité— unas fotografías. O, si prefiere, iré a su casa”. Sin dudarle me respondió:

—Prefiero que venga a verme.

Fui a verlo. Me despedí sin haberlo interrogado sobre sus propósitos, sobre sus opiniones. Basta con mirar, lealmente, a sus fotografías.



Andamios II, 1929. Apareció publicada con otras cuatro imágenes suyas junto al texto de Francisco Miguel